



El crecimiento poblacional y la urbanización han hecho del agua un recurso cada vez más costoso. En el problema de abasto no cabe ignorar el cambio climático.



**ANTONIO
LAZCANO
ARAUJO**

La diosa Cloacina

Imposible prescindir del agua, y por eso vivimos cerca de ríos, manantiales y surtidores, la almacenamos en tanques y cisternas, y la transportamos en odres, cañerías y acueductos. “El agua se puede conducir de tres maneras: por zanjas mediante obras de albañilería, por cañerías de barro o por tuberías de plomo”, escribió Vitruvio en el siglo primero antes de nuestra era. Herederos de la ingeniería etrusca, para ese entonces los romanos habían construido cañerías y acueductos que transportaban volúmenes extraordinarios de agua limpia a lo largo y ancho de un territorio cada vez más grande. En Roma todavía se puede ver la llamada Cloaca Máxima, que desde las épocas de los reyes etruscos era parte de una red de drenaje que recogía los desperdicios y las aguas negras de la ciudad para conducirlas al río Tíber. Al limpiar el desagüe se encontraron con una estatua, y creyendo que era una señal de los dioses, la llamaron Cloacina y la comenzaron a venerar como la protectora de la Cloaca

Máxima. Poco después fue rebautizada como la Venus Cloacina, la deidad de las cañerías y las alcantarillas, la convirtieron en la diosa del agua limpia y la inmudicia, y acuñaron monedas en donde aparece al lado del pequeño templo circular que levantaron en su honor en el Foro romano.

Aún subsisten los basamentos del templo, por donde se ingresaba a la red de cañerías para inspeccionarla y darle mantenimiento. El sistema de alcantarillas y tuberías creció durante la época de la República Romana, se reparó bajo el reinado del emperador Augusto, continuó operando durante la época imperial, sobrevivió a la caída de Roma y sigue siendo útil para contener los aluviones del Tíber. La red creció y funcionó durante siglos porque para la sociedad romana el agua limpia era un derecho inalienable que hizo de las fuentes, termas y acueductos del Imperio los símbolos visibles de un pacto social intocable.

Nos hemos olvidado del ejemplo de

los romanos. El crecimiento poblacional y la urbanización han transformado al agua en un recurso cada vez más costoso, y a nivel mundial hay millones de personas que no la tienen y no pueden cubrir sus necesidades más apremiantes. El hielo de los polos y las aguas de los océanos cubren más del 70% de la superficie del planeta, pero los ríos, lagos y acuíferos están contaminados o se están agotando. El agua se emplea sobre todo en la agricultura y en la industria, pero al final termina contaminada. Es un problema global: China la importa de Alaska, y varias ciudades mexicanas se han unido a la lista de poblaciones de Brasil, Filipinas, Puerto Rico y Taiwán que se han visto obligadas a racionar el agua potable. Al igual que Australia, el norte de África y el suroeste de Estados Unidos, México está sufriendo la falta de agua, y el cambio climático está empeorando el problema. A pesar de la incertidumbre de los modelos, todo indica que este año será más caliente que el 2023, lo que provocará sequías, afec-



tará el régimen de lluvias y agudizará la escasez de agua.

Ninguna respuesta al problema del abasto del agua puede ignorar la realidad del cambio climático. Las medidas que el presidente López Obrador anunció hace unos días son tardías e insuficientes, y no hacen más que reflejar su preocupación ante la proximidad de las elecciones. Sorprende e indigna saber que el gobierno de la Ciudad de México redujo la inversión para atender un problema ya viejo, que continuamos desperdiciando el agua de lluvia, y que no se han implementado las técnicas modernas que permiten reparar con rapidez las fugas de la red de cañerías. El agua no puede ser un privilegio de clase, y por eso es inadmisibles que su suministro esté privatizado con concesiones que incluyen el uso de pipas para transportarla y venderla en Iztapalapa y otras zonas del Valle de México.

Atrapados por sus intereses de partido, quienes han gobernado la Ciudad de México en los últimos veinte años han sido incapaces de desarrollar una política de Estado que permita resolver el problema del agua. Aunque se proclamen especialistas en el medio ambiente, su ineptitud y su falta de visión están llevando la crisis a las boletas electorales, y somos nosotros los que al votar podremos decidir si queremos continuar o no por una ruta que nos está conduciendo a un desastre de proporciones inimaginables.